

XX aniversario de la muerte de Monseñor Romero: un llamado a la reconciliación

Justo en los mismos días en los que el papa Juan Pablo II llevaba a cabo su histórica visita a Tierra Santa, en El Salvador concluía la conmemoración del XX aniversario de un suceso también histórico, pero profundamente trágico: el asesinato de Monseñor Romero, perpetrado el 24 de diciembre de 1980 en la capilla del Hospital de la Divina Providencia. Hasta la fecha, el crimen sigue impune, pero el motivo del asesinato ha sido siempre ampliamente conocido. Monseñor fue asesinado por haber asumido, con el valor de un pastor ejemplar, una de las causas que el Papa proclama ahora, la de los pobres. El Sumo Pontífice ha dedicado los últimos años de su vida —y ha dado muestras de un vigor cada vez más significativo en ello— a esparcir entre los creyentes el mensaje de la paz, la justicia y la reconciliación. Por eso es tristemente paradójico que Monseñor haya muerto por haberse decidido a esparcir en El Salvador ese mismo mensaje.

Juan Pablo II, el máximo líder de la iglesia Católica, aglutinó en Tierra Santa a miles de feligreses cristianos y a un significativo número de judíos y musulmanes. Al mismo tiempo, Monseñor Romero, el máximo líder que ha tenido la iglesia salvadoreña, aglutinó en la celebración de su martirio a miles de católicos, de no creyentes y de numerosas iglesias no tradicionales. Ambos fueron hechos sin precedentes. El primero porque marcó un punto de inflexión en el drama que ha sido, a lo

largo de la historia, la pervivencia de diversos credos en el mundo. El segundo porque confirmó, más que nunca, lo que para cualquier mente mínimamente sensata es a estas alturas un hecho indiscutible: que Monseñor Romero es el pastor del pueblo salvadoreño y que lo es en virtud de su entrega incondicional a las mayorías populares.

El papa aboga hoy por la reconciliación entre religiones. Monseñor abogaba, en su momento, por la reconciliación entre compatriotas. Pero ese abogado exigía el clamor de justicia, el clamor por el cese de las condiciones de opresión y explotación que asfixiaban a la mayor parte del país. No se podía ser pastor del pueblo sin denunciar que al pueblo lo estaban matando de hambre y lo estaban callando a bala por protestar. En ese sentido, no se equivocan quienes ven en Monseñor Romero a un político. Pero el Arzobispo fue político en tanto que fue el guía, la luz de la *polis*. No fue el político orgánicamente vinculado al brazo armado de la izquierda¹, que sus asesinos y los cómplices de éstos quisieron ver en él. Los que siguen evocando a Monseñor desde esta última errónea perspectiva, de un modo continúan justificando su asesinato, porque en una guerra civil como la salvadoreña los crímenes políticos son justificables.

Parece mentira que mientras los más altos líderes de las religiones de mayor peso en el mundo estén aprendiendo a encerrar entre paréntesis sus

1. Ver Luis Armando González, "Monseñor Romero y la izquierda armada salvadoreña", *ECA*, 611, septiembre, 1999, pp. 806-810.

dogmas (que han sido tradicionalmente los más reacios e inamovibles), a pedir perdón por los errores pasados de su iglesia y a agachar la cabeza ante las evidencias de la realidad, en El Salvador continúe habiendo quienes persisten en reducir la verdad a sus prejuicios. En esta coyuntura, tales dogmatismos se hicieron particularmente evidentes. Muchos continúan acusando al Arzobispo de falsos cargos, incapaces de reconocer en él al pastor que fue y de entender que ser pastor en época de Monseñor Romero equivalía a ser político, en el amplio sentido de la palabra que se ha mencionado arriba. ¿Cómo dar la cara por los más necesitados sin hablar de la extrema pobreza y de la extrema violencia a la que el sector dominante los tenía sometidos?

De nuevo hay que decir que es tristemente paradójico que hoy en día las fuerzas políticas, sociales y económicas más importantes del mundo hablen de la imperiosa necesidad de combatir la pobreza y que "San Romero de América" haya sido muerto por esa causa hace 20 años, cuando hablar en nombre de los más necesitados era considerado subversivo y era suficiente para ser condenado a muerte. Y es también triste e inexplicable que aún haya quien en El Salvador admire a Juan Pablo II por su gesta pacifista en pro de la justicia, y se niegue con tanto ahínco a reconocer que Monseñor Romero fue el más digno ejemplo de esa gesta que haya nacido en suelo salvadoreño. Los más grandes rotativos nacionales, que dedicaron sendas páginas a cubrir el viaje del papa a Tierra Santa, son muestras palpables de esa segunda paradoja.

La prensa escrita nacional y el XX aniversario

La prensa nacional se ocupó poco y mal de la trascendental conmemoración del asesinato de Monseñor. Para empezar, a excepción de los eventos de mayor relevancia, nada se mencionó acerca de las numerosas actividades que diferentes instituciones eclesiales, pastorales, académicas y culturales organizaron en torno a la conmemoración. Tampoco se habló de la cantidad de congregaciones, periodistas, grupos diversos y visitantes que vinieron de diferentes partes del mundo a recordar al pastor. No se dijo que a la misa del 24 de marzo y a la procesión de farolitos, realizada a continuación,

asistió un estimado de 30 mil personas. De los dos matutinos de mayor circulación sólo *La Prensa Gráfica* cubrió el Festival Verdad 2000 —engalanado con la participación del nicaraguense Luis Enrique Mejía Godoy y del grupo venezolano "Guaragua", que fueron presenciados por, aproximadamente, 8 mil personas—, obviando, eso sí, el dato de que el evento fue organizado por el Instituto de Derechos Humanos de la UCA (IDHUCA).

De *El Diario de Hoy*, dado el consabido dogmatismo que aún contamina su línea editorial, era de esperar que ignorara sistemáticamente el evento, que a todas luces fue un acontecimiento nacional. Pero no bastó con eso. Tal y como sucediera con la conmemoración del X aniversario del asesinato de los jesuitas en noviembre del año pasado², algunos de sus periodistas se prestaron al juego sucio de la confusión de los lectores y de la manipulación de la historia. El lunes 27 de marzo fue publicado en ese diario un "reportaje" que pretendía hacer memoria sobre lo ocurrido en aquellos turbulentos últimos días de marzo de 1980. El tinte político de tal publicación no pudo ser más obvio.

Los redactores no se esforzaron mucho en ocultar que la intención última de su "reportaje" era, más que narrar una noticia, convencer a los lectores de dos cosas: primero, de que la izquierdista Coordinadora Revolucionaria de Masas capitalizó a su favor tanto el asesinato del Arzobispo como los "disturbios" (prefirieron obviar la palabra masacre) ocurridos el día de sus exequias; y segundo, de que los verdaderos responsables de tales "disturbios" fueron los movimientos de izquierda. Es claro que ambas afirmaciones se remiten al ámbito de la opinión, pese a aparecer bajo la categoría de reportaje. Y dado que los hechos están lejos de darle la razón a esta versión de lo ocurrido, los redactores se limitaron a exponerlo sin más y se atrevieron, incluso, a sembrar dudas sobre las conclusiones que al respecto emitiera el informe de la Comisión de la Verdad.

El informe señala al Mayor Roberto D'Aubuisson como el autor intelectual del crimen. En palabras textuales dice: "El ex Mayor Roberto D'Aubuisson dio la orden de asesinar al Arzobispo y dio instrucciones precisas a miembros de su

2. Ver "Los mártires de la UCA en los medios", *Proceso*, 879, noviembre, pp. 5-6.

entorno de seguridad, actuando como 'escuadrón de la muerte', de organizar y supervisar la ejecución del asesinato"³. Para *El Diario de Hoy*, la Comisión se basó "en dichos de la gente y señalamientos que nunca resistieron la depuración judicial para convertirse en pruebas". Lo que no explica el diario es cómo puede cuestionar con tal contundencia el informe, quiénes son las fuentes y en dónde están las pruebas que respaldan sus aseveraciones.

La Comisión de la Verdad expuso con detalle cómo fue planeado y ejecutado el asesinato de Monseñor Romero, quiénes participaron en su consumación y cómo fue obstaculizado a toda costa cualquier intento de esclarecimiento del mismo. En las páginas del documento que elaboró se lee: "Para investigar el caso, la Comisión de la Verdad revisó las investigaciones anteriores y el expediente judicial, así como documentos de diversas fuentes, y entrevistó a muchos testigos confidenciales"⁴. Aparecen allí los nombres y apellidos de las personas involucradas en el crimen y de algunas de las personas que estuvieron cerca de Monseñor los días previos al asesinato. Aparece también la cita de una publicación hecha el 23 de febrero de 1980, precisamente en *El Diario de Hoy*, en donde el pastor era llamado un "Arzobispo demagogo y violento... [que] estimuló desde la catedral la adopción del terrorismo", por lo cual se consideraba "conveniente que la Fuerza Armada empiece a aceitar sus fusiles".

En el reciente "reportaje" de ese mismo rotativo aparecen afirmaciones tendenciosas y falsas como la de que: "El aparato policial de la junta golpista, luego el del gobierno de Duarte, el FBI, la INTERPOL y la inteligencia del Ejército no pudieron arrojar pruebas fehacientes sobre la autoría del crimen"⁵. Y se privilegian también las opinio-



nes de figuras que comparten los intereses y puntos de vista del diario. Se citó, por ejemplo, al Ministro del Interior, Mario Acosta Oertel, quien opina que Monseñor "se desvió de su labor pastoral y se dedicó a actividades políticas con la izquierda. Lejos de llevarle palabras de aliento a los necesitados, sus discursos se convirtieron en alimento para la lucha de clases"⁶. Estas y otras declaraciones similares esgrimidas en otros espacios en torno a la conmemoración, son muestra de cuánto de la mentalidad que en el pasado predominó entre las clases poderosas de la sociedad salvadoreña, y que tanta veces justificó horrendos crímenes, continúa vigente.

Consideración final

Tal vez el hecho de que 73 de los 84 diputados hayan logrado ponerse de acuerdo para reconocer en un pronunciamiento público que Monseñor Romero fue un "Pastor que luchó por alcanzar la justicia, la libertad, la democracia y la paz"⁷ puede ser considerado un pequeño avance en el pedregoso camino de la reconciliación nacional. Pero ese tipo de manifestaciones seguirán siendo tibias e

3. Naciones Unidas, "De la locura a la esperanza. La guerra de 12 años en El Salvador. Informe de la Comisión de la Verdad para El Salvador", San Salvador- Nueva York, 1992-1993, pp. 149-150.

4. *Ibid.*

5. *El Diario de Hoy*, 27 de marzo de 2000, p. 19.

6. *Ídem.*

7. *La Prensa Gráfica*, "Pronunciamiento público de la Asamblea Legislativa, con motivo del aniversario de la muerte de Monseñor Oscar Arnulfo Romero", viernes 24 de marzo de 2000, p. 65.

insuficientes mientras en ellas se siga evadiendo la responsabilidad de exigir justicia y el deber de dar al pastor el lugar que le corresponde en la historia.

Hablar de Monseñor Romero de la forma fría y pretendidamente objetiva con la que se hizo en el pronunciamiento de la Asamblea, significa agachar la cabeza frente a las voces de odio que, encerradas en los estrechos límites de su dogmatismo, se niegan a aceptar la función irremplazable que desempeñó en vida —y que continúa desempeñando aún en su muerte— el más grande pastor que ha tenido El Salvador como dador de fuerza y de esperanza a su pueblo.

Con todo, el hecho de que el espíritu de Monseñor permanezca en el corazón de las mayorías

populares salvadoreñas y de que esté, además, extendiéndose por el mundo, es, tal y como lo fuera la palabra de “San Romero de América”, esperanzador. Ojalá que el mensaje de paz que el papa se ha dedicado a esparcir, las intenciones de conciliación que últimamente han aflorado en el país y el ejemplo de Monseñor Romero contribuyan a hacer ver a las mentes dogmáticas e intolerantes, que la búsqueda de la verdad y la justicia nada tiene que ver con las ideologías. Que esa búsqueda debería ser, antes que un problema político o económico, un proyecto humano.

Carmen Elena Villacorta Zuluaga

